

Hacia un ● Humanismo Universitario

HOMENAJE A LOS 75 AÑOS DE LA PONTIFICIA
UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

FEDERACION DE ESTUDIANTES U. C. (FEUC) AÑO 1963.

INDICE

	Páginas
PRESENTACION POR EL PRESIDENTE DE FEUC	5
A MANERA DE PROLOGO	7
INTRODUCCION	9
QUE ES EL HUMANISMO UNIVERSITARIO	10
¿Qué es el Humanismo?	10
Los elementos Universitarios	11
¿Cuál es la situación histórica que nos toca vivir?	13
NUESTRA MISION	14
La juventud en nuestra sociedad	14
Nuestro aporte a la sociedad	18
LA TAREA PERSONAL DE LOS UNIVERSITARIOS	20
Responsabilidad ante la vida	21
Responsabilidad ante la profesión	23
¿COMO PUEDE LLEGARSE A VIVIR ESTE HUMANIS- MO UNIVERSITARIO?	26
Un llamado para todos	26
Los obstáculos para escucharlo	27
Cristianismo y Humanismo Universitario	28
La mujer en la Universidad	29
CONCLUSION	30
Nuestra Universidad Católica	30
Un desafío personal	31

P R E S E N T A C I O N

"Hacia un Humanismo Universitario"... creemos que representa, a la vez, esfuerzo y maduración ideológica. FEUC ya no es sólo, como hace cuatro años, un acento grave en la misión social de la Universidad. Esta no ha desaparecido: por el contrario, ha seguido desarrollándose y en grandes proporciones. Pero, paralelamente han crecido otras actividades de FEUC y vemos ya como, este año, el acento se ha trasladado a Reforma Universitaria. Ahora, Humanismo Universitario representa, a nuestro modo de ver el futuro explícito de extensión cultural FEUC; es, en otras palabras, un abrir nuevos horizontes a la labor de la Federación, es una nueva etapa en su evolución y su maduración, que nos conducirá a la formación de una personalidad propia universitaria, volcando los conceptos del Humanismo Cristiano al ámbito propio de la Universidad.

"Hacia un Humanismo Universitario"... no es un hecho aislado. Es lo que podríamos llamar una "carta a los segundos años"; es decir una continuación de la meditación que se iniciara con la "carta al novato" o la "carta a los primeros años". Si revisamos esta última no encontramos ninguna tesis o teoría que se exponga; sólo tendremos elementos de juicio, golpes a nuestra conciencia y a nuestra mentalidad, que nos motivan a pensar. Estas líneas representan ya algo elaborado y algunas soluciones a las interrogantes que se planteaban. Por lo mismo exigen de todo universitario auténtico, una meditación y una respuesta desde un fondo personal. No pretendemos imponer nuestro pensamiento: lo entregamos a la Universidad para que sea criticado constructiva-

4

mente; es así como entendemos el papel de "dirigir" propio de un "dirigente".

"Hacia un Humanismo Universitario"... es indudable que no todos estarán de acuerdo con lo que aquí se exponga. Habrá quienes no hayan entendido bien o quiénes sinceramente discrepen de nuestra posición. Puesto que creemos que la Verdad no es exclusividad de nadie, sino que aún el más grave de los errores tiene algo de Verdad, estamos dispuestos al diálogo con quienes discrepen de nosotros. Es así como dejamos abierta desde ya, invitación a foros públicos, a mesas redondas, o simplemente a pasar por el local de FEUC a dialogar o aclarar todo tipo de dudas sobre la materia.

ANDRES VARELA GARCIA
Presidente de FEUC

A MANERA DE PROLOGO

Continuamos hoy el diálogo con los universitarios que iniciamos a comienzos de año con la Carta al Novato.

El Festival de Arte, es una buena ocasión para pensar sobre nosotros mismos: en él veremos expresarse las cualidades e inquietudes de una gran cantidad de compañeros. Pero él no es un fin en sí; sólo se entiende en profundidad si es manifestación de una posición, de un llamado interior.

Sobre esto queremos conversar. Este año se ha hablado mucho de Reforma de la Universidad como una de las reformas básicas de nuestra sociedad, como un proceso constante de educación de la Universidad a las circunstancias, como un cambio profundo en la mentalidad y en el espíritu de sus miembros. Frente a esta Reforma, a este proceso, a este cambio, los alumnos tienen algo que decir y algo que aportar; no solamente en cuanto gremio (Federación, Centros de Alumnos), el cual debe denunciar las fallas de la Universidad, señalar posibles soluciones, inquietar y despertar a un ambiente, sino que cada uno en cuanto persona.

Es bastante claro que no serán los alumnos los que hagan la Reforma de la Universidad, pero sin ellos, ésta no tendría sentido. Los alumnos deberán aportar eso sí, sus personas, pero para esto deberán haberse definido claramente como universitarios, haber reflexionado seriamente sobre lo que significa esto en este momento y en esta Universidad.

Es esto lo que pretenden las líneas que siguen a continuación: ayudar a la reflexión sobre nuestro ser y nuestro deber ser de

universitarios, ayudar a forjar una mentalidad y un espíritu que sea consecuente con lo que hoy significa nuestra situación en la sociedad. Estamos totalmente convencidos que nunca habrá una transformación de la Universidad, si no la hay en sus alumnos.

Es claro que lo dicho en este trabajo es fruto de una determinada posición y hemos llegado a él gracias a esta posición; sin embargo, no creemos que esta posición sea excluyente. Porque la creemos la más fiel intérprete de las inquietudes profundas del alumnado, de la situación que viven nuestra Universidad y nuestro país, es que la ofrecemos a todos los miembros de esta Universidad; cada cual hará de ella una síntesis personal.

Las reflexiones anteriores son las que nos han decidido a solicitar nuevamente la paciencia de los universitarios y a pedirles que reflexionen sobre todas y cada una de las frases que aquí aparezcan. Ellas no pretenden llamar la atención por su brillo o perfección formal: son el resultado de la experiencia y la reflexión de universitarios comunes y corrientes. Ellas han sido escritas con el solo fin de que esta reflexión sea hecha por cada uno de nosotros. Estamos convencidos que este nuevo paso que damos, si es acogido por los universitarios, es el mejor homenaje que podemos rendirle a nuestra Universidad al celebrar sus 75 años de vida.

INTRODUCCION

Una vez comprendido el fin de este trabajo, señalemos brevemente su contenido.

Un universitario que quiera hoy día cumplir cabalmente su misión como tal, no puede dejar de mirar en torno suyo, si quiere encontrar su definición. Verá así que existen en la Universidad una cantidad de elementos peculiares que dan un sello especial a su personalidad si sabe captarlos. Más allá de la Universidad, al mirar la sociedad que lo rodea descubrirá en ella una situación especial que exige de él, como parte de ella, un aporte específico. Finalmente, para cumplir y responder a lo que se le pide y realizarse como hombre, deberá mirar dentro de sí y desarrollar su personalidad de tal manera de poder responder a sus anhelos más íntimos y a lo que se pide y espera de él.

Los rasgos esenciales de estos puntos, es lo que hemos llamado "Humanismo Universitario", término cuya explicitación es lo primero que haremos en este trabajo.

Así el contenido de lo que presentamos a continuación, pretende dar elementos de respuesta a las siguientes preguntas:

- "¿Qué debe entenderse por Humanismo?"
- ¿Qué elementos aporta lo universitario a este Humanismo?
- ¿En qué contexto histórico le toca vivir al universitario chileno?
- ¿Cuál es el papel nuestro en este contexto?
- ¿Cómo puede asumirse este papel personalmente? ¿Cómo puede hacerlo la mujer universitaria?
- ¿Cómo se concretiza lo anterior para los alumnos de la Universidad Católica?

¿QUE ES EL HUMANISMO UNIVERSITARIO?

Confesamos desde ya que al hablar de Humanismo Universitario, nos produce un cierto desagrado: suena a una de las tantas pedanterías, vaguedades o grandilocuencias que acostumbramos a ver en boca de tantos de nosotros y en las cuales no quisiéramos caer esta vez.

Por otra parte, por Humanismo se han entendido cosas sumamente diversas, que van desde una Filosofía Antropocentrista, hasta una denominación de disciplinas con características propias, por oposición a las científicas. No interesa discutir aquí los distintos significados de esta palabra, por cuanto sería irrelevante para nuestros propósitos y, además porque carecemos de la capacidad necesaria para ello.

¿Qué es el Humanismo?

Pese a todas las dificultades expuestas anteriormente, hemos adoptado el término Humanismo para denominar una determinada actitud o posición que "tiende esencialmente a hacer al hombre más verdaderamente humano y a manifestar su grandeza original haciéndolo participar en todo cuanto pueda enriquecerle en la naturaleza y en la Historia: requiere a un tiempo que el hombre desarrolle las virtualidades en él contenidas, sus fuerzas creadoras y la vida de la razón, y trabaje para convertir las fuerzas del mundo físico en instrumentos de su libertad" (Jacques Maritain: "Humanismo Integral", Ediciones Ercilla, 1941, pág. 14).

Como se comprenderá, este Humanismo puede hundir sus raíces en las más diversas concepciones filosóficas. En el caso nuestro, se trata de la concepción cristiana del hombre, es decir, de aquella que considera al hombre hecho a imagen y semejanza de Dios, como un ser que se realiza en el amor, y cuyo fin terrenal es la creación de un mundo donde todos puedan realizarse como persona y responder a ese llamado al amor. Obviamente no pode-

9

mos plantear aquí toda la concepción cristiana del hombre; bástenos decir que es ella la que estará subyacente en lo que aquí exponemos.

Pero, si bien el hombre es hombre siempre, y su esencia la misma, su modo de realizarse como tal, de "manifestar su grandeza original, de desarrollar las fuerzas en él contenidas y de convertir las fuerzas del mundo en instrumentos de su libertad", variarán de acuerdo a las diferentes circunstancias en que le toque vivir.

Y es en este sentido que hablamos de Humanismo Universitario o de actitud universitaria humanista: se trata de vivir el hombre —ese hombre creado a imagen y semejanza de Dios y que se realiza en el amor— incorporando a este vivir, todos los elementos específicos del quehacer universitario, tal como éste es exigido por nuestra realidad universitaria, nacional y continental.

La base de todo este trabajo es la firme creencia y convicción de que ser universitario hoy en Chile, es algo más que una rutina de cinco años sin mayor significado existencial y social, y que condiciona un tipo especial de hombre, y de realización humana a la cual todos estamos llamados de muy distintas maneras, pero que está definida por ciertos rasgos sobresalientes que este trabajo pretende señalar.

Los elementos universitarios

Lo primero que debemos hacer para alcanzar este fin, es tratar de definir o descubrir lo específicamente universitario, como el sitio donde debemos vivir nuestro humanismo.

La Universidad es un momento en la vida del hombre y de la Sociedad donde una "comunidad de trabajo colectivo extremadamente flúida y variada tiene por misión poner la Verdad, la Belleza y la Esperanza en la existencia de la Nación, a la cual sirve directamente y de la Humanidad a la cual está ligada por valores universales irrenunciables" (Juan Gómez Millas: "Tradición y Tarea Universitaria", página 15). Quien entra a la Universidad lo hace para completar en ella su formación personal, mediante un

10

contacto con las ideas y los hombres —guiado por una cierta vocación intelectual—, que es procurada por el método científico, y para adquirir los conocimientos necesarios para desempeñarse en la Sociedad como un profesional. Pero más que los conocimientos instrumentales que da la capacitación profesional, importa los años en que se viva una experiencia espiritual que abarca toda la persona, una experiencia espiritual que consiste en el máximo desarrollo de sus potencialidades intelectuales, que son las que caracterizan la vocación universitaria, en una búsqueda objetiva, metódica y cotidiana de la Verdad, y en un contacto con un bagaje de conocimientos que son los que aportará el egresado a la Sociedad como pago del privilegio obtenido al ingresar a la Universidad.

Existencialmente esto significa desprenderse de la tarea de ganarse el pan —en la mayoría de los casos— y terminar una maduración apenas iniciada al abandonar la educación secundaria; significa la posibilidad de ganar un puesto de alta estima en la sociedad, pero sólo con el objeto de entregar a ella lo mejor de sí; significa la posibilidad de buscar la verdad en lo que ella tiene de vivida, es decir, la posibilidad de pensar sobre los hombres —en comunión con sus ideas y sus creaciones— sobre la sociedad en que se vive y sobre la propia vida; significa, por último, la posibilidad de descubrir a través de un sector parcializado de conocimiento al hombre entero y la manera concreta como servirlo.

WWW.FORMAUNIVERSITARIA.CI

Todos estos elementos señalados —intelectualidad, espíritu científico, conocimiento del hombre y profesionalización, entendida ésta como la adquisición de conocimientos que posibilitan una labor creadora al servicio de la comunidad y de la realización personal—, propios de toda Universidad, adquieren modos específicos de realización según los imperativos de las sociedades en que la idea de la Universidad se concretiza. Son estos elementos conformados según las distintas circunstancias locales, los que configura un tipo especial de hombre, pero no acabado sino en transición, en etapa de complementación, pero al fin y al cabo, un tipo especial de hombre. Es en este sentido que hablamos de Humanismo Universitario, Humanismo que variará según las distintas maneras en que varíe la concretización de los elementos universitarios, según las distintas expectativas que creen las sociedades de las Universidades y del quehacer universitario.

A nosotros nos interesan los rasgos de un humanismo universitario determinado: aquél condicionado por la realidad chilena y —por extensión— latinoamericana. Es en esta realidad en la que deberá actuar nuestra generación. Porque este humanismo que debe ser vivido por personas individuales, se presenta como el imperativo de toda una generación, entendiéndose por generación un conjunto de personas entre las cuales existe cierta unidad de tiempo y espacio, con una misma sensibilidad vital y una misma misión general en la sociedad.

¿Cuál es la situación histórica en que nos toca vivir?

Hoy día los países latinoamericanos buscan su definición y su integración efectiva a la historia de la Humanidad. Pero, tanto su definición como su integración y su aporte a esta historia están frenados y paralizados por los profundos desgarramientos internos que tienden a inhibir su proceso de desarrollo. El problema básico de estos países, entre ellos el de Chile, es el de la búsqueda de nuevos caminos, de nuevas ideas forjadas por espíritus heroicos y creadores que posibiliten la construcción de un orden social y de una cultura que sean la expresión de los anhelos y valores de los hombres que hoy se hallan sojuzgados y marginados, impotentes frente a una estructura social opresora y sometidos a una cultura alienada, desarraigada de su sentir y su vivir.

Este es el sentido profundo de la revolución latinoamericana y de la revolución chilena. Se habla de reformas estructurales y de revolución porque se quiere quebrar un estado de cosas que obstruye la realización plena de sus hombres, que los despersonaliza, hundiendo a algunos —la gran mayoría— en la miseria y la explotación y a los otros en el egoísmo, el vacío, la inautenticidad.

La búsqueda de nuevos valores y de una sociedad humanizadora —que sea gestada por los sectores hoy marginados y oprimidos de la actual sociedad— que posibilite un modo de convivencia distinto y propio que haga a los hombres más hombres, es el contexto en que se mueve y vive nuestra generación. Esta búsqueda no es sueño de poetas o creación de intelectuales solamente, sino que es exigida por los sectores que hoy están hastiados de sufrir pasivamente la historia y quieren incidir directamente en ella; esta exigencia está hecha carne en el dolor y desespera-

12

ción de muchos e intruída con igual fuerza por otros sectores marginales de la sociedad, entre los cuales se encuentra la juventud.

Es necesario añadir que este cambio ya no admite espera y que es exigido ahora y no como el resultado de una evolución progresiva a la que ninguna sociedad por estática que sea puede escapar. Es esto lo que nos lleva a hablar de Chile y Latinoamérica como sociedades dinámicas. (Ver Karl Mannheim: "Diagnóstico de nuestro tiempo", pág. 48-56).

NUESTRA MISION

Una vez definido este contexto veamos el papel que le cabe en él a nuestra generación. No nos olvidemos que éste es imprescindible si queremos que nuestro humanismo universitario no sea una abstracción intelectual, sino que sea una respuesta realista al momento histórico que nos ha tocado vivir.

La Juventud en nuestra Sociedad

Hemos dicho que las transformaciones de nuestra sociedad no pueden seguir una curva naturalmente progresiva, sino que deben ser producto de un deseo deliberado de alterarlas brusca y radicalmente.

Frente a esta realidad, es conveniente pensar en lo que significa para ella un sector de tan grande importancia en la sociedad como es la juventud; importancia en que en el caso de nuestros países es aumentada debido al factor cuantitativo: de nadie es ignorado que la mayor parte de nuestra población está formada por gente joven.

La juventud, según Karl Mannheim, es un agente revitalizador de la sociedad, es una especie de reserva que sale a la superficie cuando se desea una dinamización que sirva para adaptarse rápidamente a circunstancias cambiadas o del todo nuevas. Ella llega desde afuera a un orden social de la cual no es la culpable y no se halla comprometida con él; por cuanto no tiene intereses arraigados en él ni en el sentido económico, ni en el sentido de las valoraciones. Esta razón hace de ella el iniciador predestina-

do de todo cambio social y es por esto que una sociedad dinámica está destinada a sacar a la superficie sus recursos latentes y hasta a organizarlos.

Pensemos estas ideas a la luz de nuestra experiencia personal. La juventud tiene algo que aportar al diálogo y a la comunidad de generaciones, y si no lo hace se estará traicionando a sí misma. Sin caer en una adulación demagógica e irresponsable, debemos reconocer que la juventud es el sector más sensible a la mentira, a lo falso, a lo inauténtico, a la injusticia, y esto precisamente porque no se ha comprometido con esa mentira, con esa falsedad, con esa injusticia. En la medida que se compromete con ella, deja de ser una auténtica juventud.

En el caso de nuestros países, es demasiado evidente la mentira, y es demasiado evidente la injusticia para detenernos en ella. Frente a esto, la juventud debe revelarse y ser el catalizador de los cambios que la supriman. En el diálogo de generaciones ella debe aportar su urgencia, su exigencia de soluciones rápidas, su ansia de que la verdad florezca en las mentalidades y en las estructuras. Dentro de ella, la juventud universitaria tiene una responsabilidad aún mayor por ser un sector favorecido con un inmenso privilegio al cual debe responder; por tener la suficiente libertad para juzgar los hechos y los hombres con objetividad y porque el sitio en que se halla, es por definición el lugar donde una comunidad de hombres busca la Verdad.

Quizás si uno de los mayores valores de nuestra generación universitaria sea éste: el de no querer esperar más, el de exigir los cambios necesarios. Pero aquí se presenta también una de nuestras mayores inconsecuencias o contradicciones. ¿Nos hemos planteado realmente como una generación de choque intransigente, o nos dejamos arrastrar demasiado por lo que nos es dado, por lo que es bien visto, por lo que es aceptado, por lo que es fácil? ¿no ocurre con demasiada frecuencia el que claudicamos de nuestro idealismo, de nuestras esperanzas que significan luchar por una estrella, por un ideal lejano y arduo pero al alcance de nuestras fuerzas, frente a un exceso de realismo, a un afán de ser moderados, contemporalizadores, a un miedo de que se nos llame idealistas, revolucionarios? ¿No aceptamos demasiado el legado de las anteriores generaciones sin someterlos a crítica, sin poner en ja-

14

que los viejos estilos de vida, oponiendo a ellos otros menos burgueses, más duros, más de acuerdo a lo que los tiempos nos exigen?

Creemos que uno de los grandes vacíos de nuestra generación es no haber captado existencialmente, en forma masiva, lo que significa formar parte de la juventud de Chile; el habernos olvidado de lo que significa profundamente el ser revolucionarios no de palabra, sino como una vocación personal, el haber despreciado lo maravillosamente productivo y enriquecedor que es el choque de generaciones cuando éste es bien entendido y no proviene de modas o esnobismos, cuando él proviene de la clara conciencia de que hay algo por qué luchar y ante lo cual no se puede ceder.

Es en este sentido, en el de generosidad combativa, en el de búsqueda de nuevos caminos de realización empapados en una profunda autenticidad, que un pensador exclamaba con razón: "¡Ay de los pueblos en que la juventud no es rebelde!"

Es esta conciencia de juventud, como un sector creador de nuevos estilos de vida, como una generación revitalizadora de los valores morales en juego, y como un juez de la mentira que se anida en la sociedad, un elemento fundamental del humanismo universitario; pero que requiere para no caer en palabrerías o sonido de campana hueca, una vivencia muy personal de los valores que se defienden y una profunda disciplina y sentido de autocrítica.

Para completar esta idea conviene tener presente la realidad que vive nuestro país. Hoy, y desde hace algún tiempo, se habla de transformaciones profundas en nuestra sociedad, de revolución y de reformas de estructuras desde los más distintos ángulos.

Muchas veces esto nos ha sonado a palabra hueca o a alienación de intelectuales; porque la verdad es que, al margen de todo este vocabulario y de esta superestructura que hemos creado, la historia continúa y los sufrimientos y opresiones que sufre una gran mayoría son tan sólo tapados u ocultados por una verdadera verborrea revolucionaria, de que todos se sienten obligados a hacer ostentación. A veces todo esto suena a un lavado de la propia conciencia más que a la convicción profunda de que hay algo que remediar en este momento y a la necesaria efectividad que debe

acompañar a esta convicción; así quienes hoy día tienen la responsabilidad de estos cambios se muestran a veces incapaces de efectuar una verdadera revolución, de interpretar los sentimientos y permitir la participación de aquéllos para quienes debe ser la revolución, de darla, por último —recordando "El lugar donde mueren los mamíferos"— "el alfiler de gancho y el puchito" que el hombre miserable, tan abundante, les pide.

Es aquí donde la juventud debe manifestarse con más fuerza como una generación de choque y exigir la autenticidad y la realización inmediata del proceso revolucionario, velando porque participen en él activamente los que hoy sufren el orden social actual.

De lo dicho, se desprende que las generaciones jóvenes como sector marginal de la sociedad tienden a coincidir en sus sentimientos e ideales de un mundo mejor con los otros grupos marginales que por diferentes razones viven también en las fronteras de la sociedad, como las clases oprimidas (Karl Mannheim; "Diagnóstico de nuestro tiempo", pág. 55).

En otras palabras, la juventud universitaria para ser fiel a su misión generacional tiene que decidirse por la causa que junto con ella defienden, solamente intuyéndola a veces, las clases oprimidas. Y en este diálogo, que implica una serie de exigencias personales como lo veremos luego, unos aportarán las inquietudes, los valores innatos y las experiencias y los otros, sabrán dar forma y concretizar estos valores y estas inquietudes. Este es uno de los aspectos que mayor revisión exigen de parte de nuestra generación, porque es quizás el que más se ha traicionado bajo el título fácil y demagógico de "Alianza Obrero-estudiantil", alianza que no ha pasado más allá de una momentánea solidaridad frente a huelgas o manifestaciones, pero que no ha hundido sus raíces en una auténtica solidaridad que imprima un carácter propio y distinto al trabajo universitario.

Para que todo lo anteriormente anotado no caiga en el vacío y para que la juventud universitaria cumpla su papel decisivo en la denuncia de la mentira social y en la lucha común con las clases oprimidas, viviendo sus ideales y haciéndose portavoz de ellos, es necesario que ella sea consecuente consigo misma y que tome conciencia y acepte el hecho que a ella no le cabe hoy la

responsabilidad en la reforma de estructuras, sino que le cabe la preparación para llevarlas a cabo o para continuarlas y darles su acabamiento el día de mañana. Si no cae en la cuenta de ésto, entonces seguiremos asistiendo al triste espectáculo de los que se llenan hablando de "revolución" y del "proletariado", de los que piden compromisos y entrega, pero que están vacíos por dentro y no son capaces de dar un aporte efectivo a la sociedad que debe construirse, porque su compromiso no pasa más allá de un montón de palabras y de una gran cantidad de horas desperdiciadas en congresos y reuniones. Como vemos, todo lo dicho exige un conjunto de valores personales que cada universitario debe desarrollar y por lo tanto no es algo ajeno, abstracto, sino que forma parte inseparable del humanismo universitario que tratamos de describir.

Nuestro aporte a la Sociedad

Hasta ahora nos hemos detenido en un primer aspecto de la misión de nuestra generación y éste es el que nos cabe como representantes actuales de la juventud. Pero nuestra misión no acaba aquí, ni mucho menos. La sociedad entera espera nuestro aporte generacional, ya no como juventud que se prepara a actuar, sino como participante y ejecutores de la historia de nuestro país. Debemos preguntarnos, entonces, ¿cuál es nuestra misión como generación de profesionales? ¿qué espera Chile y Latinoamérica de nosotros una vez egresados de la Universidad?

Alguien ha dicho de nuestra generación que su misión es la de reivindicar al hombre ("Carta al Novato 1962" FEUC), de liberarlo de los mitos, ataduras, y estructuras que lo oprimen y crearle un mundo donde él pueda ser creador, desarrollar las fuerzas creadas y ordenarlas fraternalmente. Como cristianos, nuestra misión es construir este mundo que reivindique y vuelva a colocar al hombre en su condición de creado a imagen y semejanza de Dios y "educarlo" en una fe que significa un modo de vida, en un amor que no sucumbe porque proviene de Cristo, y en una esperanza en un mundo definitivamente personalizador y culminación de éste que construimos.

Detengámonos a analizar el significado personal que tiene esto de "reivindicar" a un hombre hoy día atropellado y encerrado

en un mundo sin estrellas. Para poder reivindicar al hombre es indispensable valorarlo como es, y valorar todas las expresiones de lo humano; es necesario vibrar con cada manifestación de su grandeza y dolerse con cada manifestación de su debilidad. Mirando a nuestra generación no vemos que esto ocurra; los grandes acontecimientos de la humanidad que configuran un tipo especial de hombre no parecen hacernos vibrar, muchas veces no nos sentimos solidarios y ciudadanos de un mundo y de una humanidad. Vivimos demasiado empequeñecidos, encerrados en nosotros y en lo que nos rodea, incapaces de mirar más allá y palpitar junto con todos los otros hombres.

Podríamos preguntarnos cada uno: el despertar y la rebelión de los pueblos sometidos al régimen colonial, el avance maravilloso de la ciencia y la tecnología que producen transformaciones en los modos de vida día a día, el impacto que significa el acercamiento de las Iglesias y la abertura y el diálogo del comunismo con Occidente, las grandes conquistas espaciales, la convergencia de una humanidad que día a día toma conciencia de su solidaridad, ¿tienen para nosotros una repercusión vital, un significado existencial?

Me parece que nuestra generación acusa el mismo defecto de toda la sociedad: no hay en ella un sentido del hombre; sentido del hombre que haga buscarlo en sus obras, en los escritos clásicos, en sus manifestaciones intelectuales y artísticas (en este sentido es un índice lo poco que conocemos de la literatura y de las artes chilenas), en su vivir diario, en la calle, en las reuniones. Parece que en el fondo no nos interesara el hombre, ese hombre concreto de carne y hueso que se nos atraviesa día a día, momento a momento, ni la comunicación ni el diálogo con él y con todos los hombres a través de un lenguaje y de un sentir común. Parece que hubiéramos reducido lo humano a unas tres o cuatro actividades y nos hubiéramos olvidado de la profundidad que encierra aquella frase: "Nada de lo humano me es extraño". Es esta ausencia de una solidaridad básica lo que nos impide un compromiso real y auténtico con todos los hombres, compromiso que nos lleva a crear un mundo donde sean realmente más hombres y a un respeto más hondo que todas las contingencias, los prejuicios, las barreras, los antagonismos.

Pero hablar de "reivindicación del hombre" puede ser demasiado general; ¿qué significado concreto tiene ésto en nuestro país y en Latinoamérica?

Si nuestra generación dialogara más con las que la precedieron, nos daríamos cuenta que la misión de la generación de nuestros padres, a grandes rasgos, era crear la mística de una nueva sociedad, despertar las mentes y los corazones y ofrecerles un ideal, una esperanza. Nuestra misión es concretizar lo que ellos intuyeron, señalar los caminos específicos a través de los cuales debe caminar nuestra sociedad, ofrecer los modelos concretos de las transformaciones y realizarlas; nuestra generación tiene que crear nuevas estructuras y animar éstas con nueva mentalidad y con valores revitalizados.

Esto exige, sin duda, que los cuadros profesionales dirigentes estén formados por hombres animados por un sistema de valores acorde a las necesidades del momento, con una sólida formación moral y probada formación científica y tecnológica, y capaces de ser auténticamente creadores frente a las distintas exigencias que presente su sector de especialización. En estos profesionales deberá palpitar este sentido del hombre a que nos referíamos anteriormente canalizado en un compromiso vital con una revolución personalizadora.

LA TAREA PERSONAL DE LOS UNIVERSITARIOS

Hemos señalado los deberes y la misión de nuestra generación universitaria. Ahora bien, una misión para ser desarrollada y una generación para cumplirla, suponen un conjunto de personas con determinados valores fundamentales. Toca ahora preguntarnos: ¿cómo puede el universitario actual participar de esta misión? ¿qué valores personales deben ser desarrollados? ¿qué se espera de él como persona?

Al mirar nuestra sociedad con todas sus contradicciones y desgarramientos, y luego al mirar al universitario como un miembro de esa sociedad, nos parece que el elemento más importante que debe caracterizarlo es el de "responsabilidad", responsabili-

dad inherente a todo ser humano, pero que es acentuada en su caso por el inmenso privilegio de que ha sido objeto.

¿Qué significa esto de "responsabilidad"? Saint-Exupery decía, en una frase muy hermosa, que ser responsable es ser solidario del destino de los demás, es "sentir vergüenza ante una miseria que no parecía depender de uno", es hacer propios los ideales porque luchan los demás hombres y responder de ellos, es "sentirse orgulloso de una victoria de los camaradas". Ser responsable en el caso del universitario, es responder ante los hombres de un ideal, de un saber, de una técnica y de un estilo de vida.

Distinguimos así, dos aspectos de la responsabilidad del universitario: él es responsable en primer lugar, de su propia vida y es, en segundo lugar, responsable de su profesión.

Analicemos cada uno de estos dos aspectos:

La responsabilidad ante la vida.

Cuando decimos que el universitario es responsable de su propia vida, estamos señalando un hecho fundamental: la vida es un proyecto que cada hombre debe realizar y que nadie puede realizar por él. Según Mounier ("El Personalismo", pág. 7) la vida es "una actividad de autocreación, de comunicación y adhesión que se aprende y se conoce en su acto como movimiento de personalización". Dice Mounier que a esta experiencia nadie puede ser condicionado ni obligado. Quien se niega a escuchar el llamado y a comprometerse en la experiencia de la vida personal, pierde el sentido de ella como se pierde la sensibilidad de un órgano que no funciona. La considera entonces como una complicación del espíritu o una manía de secta.

Lo que estamos haciendo es, en otros términos, señalar la autenticidad como el valor personal más propio de esta responsabilidad de vida del universitario. La búsqueda de la Verdad, misión específica de la Universidad, adquiere aquí un significado existencial y debe animar cada pensamiento, cada acto, cada palabra del universitario; porque hay una verdad en el amor, una verdad en la lucha política, una verdad en las relaciones humanas, etc., verdades que el universitario por definición está llamado a descubrir y a vivir. La autenticidad consiste en ser fiel a

ese proyecto que somos, en descubrir nuestro llamado interior, reconocer las expectativas exteriores y desarrollar nuestras capacidades para responder a ese llamado. En otras palabras, ella resulta del cumplimiento de nuestra vocación, entendida ésta como nuestro camino propio de entrega ("Carta a los primeros años" 1963, FEUC, pág. 10 y 15). La autenticidad consiste en vivir uno, personal e intensamente en cada minuto, en saber por qué y para qué luchamos en cada instante, en no dejarse llevar por los acontecimientos, en no ser vivido por los mitos, los slogans, los sucesos, los líderes. Esto exige sin duda el desarrollo de otro valor universitario que hoy hemos desterrado: la capacidad de contemplación y reflexión, de interiorización para no ser llevado por los hechos como una cáscara de nuez en las olas, la capacidad de crítica para reelaborar y recrear todos los elementos que nos son dados y realizar una síntesis personal sin aceptar las cosas hechas, la objetividad para juzgar el acontecer y los hombres sin dejarnos llevar por otra pasión que la pasión por la verdad y la justicia.

Hoy día son muy pocos los que viven una vida personal, aunque ella se presenta como requisito indispensable para dar la lucha a que está llamada nuestra generación. Y esto se nota en lo que se ha llamado el "universitario masa" el que es guiado por todo tipo de fuerzas exteriores. Una de estas y quizás la más engeguedora cuando no hay una respuesta personal es la política. Y aquí detengámonos un momento para evitar equívocos. Uno de los dilemas más importantes que se le presentan al universitario es el de toma de posiciones políticas o ideológicas antes de haber completado su etapa universitaria. Dice Gómez Millas que en la politiquería de que hacen gala hoy los universitarios, las Universidades tienen una gran responsabilidad porque "si en ellas se realizara la función formadora, si el joven encontrara en sus tareas motivaciones valiosas y estimulantes, si su afán de descubrir se viera siempre satisfecho, no buscaría un derivativo peligroso a sus energías y deseos de ver un mundo mejor" (Tradicción y tarea universitaria" pág. 130). Ahora bien, la Universidad no podrá cumplir nunca en plenitud su misión formadora, ni el estudiante encontrar motivaciones valiosas y estimulantes mientras subsista en nuestro país la miseria y la mentira, realidades que condicionan al quehacer universitario. Es este fenómeno general el que **obliga a todo universitario consciente a tomar una posición**

frente a lo político y a lo ideológico. Pero esta toma de posición para ser universitaria, debe día a día ser revisada, repensada, puesta en jaque y estar abierta a nuevas ideas y nuevos horizontes.

Hemos hablado de la autenticidad como un valor fundamental del universitario y tenemos que referirnos brevemente a la relación que ella tiene con el momento histórico que vivimos. En párrafos anteriores, señalábamos la vocación revolucionaria de nuestra generación, que para ser realizada necesita de un cierto estilo de vida consecuente con ella; estilo de vida que consiste en vivir la revolución personalmente, en renunciar a las tentaciones de la comodidad, la riqueza y la rutina, en ser capaces de vivir una rigurosa pero libre disciplina personal, exigiéndonos a cada instante, en abandonar nuestro tradicional gusto por lo vago, lo amplio, lo grandioso y acostumbrarnos a concretizar, a buscar soluciones factibles y efectivas; estilo de vida que impone una ascética personal, un espíritu de auténtica pobreza y sacrificio en pro de ideales que no son fáciles de realizar y que exigen una riqueza humana y las ansias y el gusto de crear y vivir, que hoy poco se observa en nuestras universidades.

La falta de esta disciplina personal que nos lleva a no realizar en nosotros aquello de que el "hombre es un asceta de la vida" es lo que hace ver a los universitarios como personas que juegan a ser hombres y que juegan a la Universidad, como personas blandas e indolentes, cómodas, incapaces de respaldar sus palabras con una actitud que evidencie los valores de esfuerzo, sobriedad, capacidad de superación, pobreza, etc.

Responsabilidad ante la profesión

Decíamos que el universitario es también responsable de una profesión, es decir, que debe responder ante sí y ante la sociedad entera de qué haga con su profesión. La profesión universitaria es hoy una herramienta fundamental para las transformaciones que necesita nuestra sociedad, por cuanto ella es ejercida generalmente por el cuadro dirigente de ésta. Esto obliga a que el universitario mire su profesión no ya desde el ángulo de su seguridad personal, sino desde el punto de vista de servicio, es decir, como su manera de realización personal y como su aporte específico a la sociedad. De aquí se deduce una serie de deberes para con su pro-

20

fesión que se resumen en un deber de formación ineludible; formación que significa en primer lugar el completar su maduración personal, desarrollando todos los aspectos de su personalidad y desarrollando al mismo tiempo un sistema de valores morales que han de ser la luz por la cual guíe sus pasos. Junto a esta formación moral, es indispensable una formación que lleve a una valoración de todo lo humano, como base para esa solidaridad y para el desarrollo de ese sentido del hombre a que nos referíamos hace algún momento, formación que permita comprender y evaluar el momento histórico, sus acontecimientos y sus hombres. Se comprende que para consagrarse a esta tarea, es indispensable un profundo amor y respeto hacia los valores intelectuales que lleve a realizar la vocación intelectual, que debe definir a todos los universitarios. Hoy día, acusamos un gran vacío en este aspecto: no parece que hubiéramos comprendido y vivido seriamente esta vocación intelectual y que esto lo hubiéramos reducido a una parte de nuestra vida, el estudio de pruebas y exámenes, sin que dé a nuestro modo de pensar, expresarnos y actuar, un sello propio.

Por último, se trata de formación profesional: esta no significa como hasta ahora sucede, en la mayoría de los casos, un cierto conocimiento de las materias enseñadas en la Universidad (el contentarse con lo que la Universidad dá, es otra de nuestras inconsecuencias, por cuanto criticamos lo que dá y nos contentamos con ello), sino que supone básicamente una formación científica, un conocimiento profundo de los fundamentos científicos de la especialidad y de sus métodos, de manera de ser realmente creadores frente a las tan rápidamente cambiantes situaciones con que hay que enfrentarse. El enfocar la formación profesional así, libera de la opresión de los detalles que hoy día se imparten y abre la posibilidad de mirar al hombre desde el ángulo de la especialidad y de ser capaz de crear las técnicas y con esto las estructuras que lo sirvan realmente. Esta formación profesional exige la contemplación de la realidad nacional, es decir, significa mirar la profesión y enfocarla desde y hacia las necesidades sociales que hoy día toman el nombre de cambios de mentalidad y cambios de estructuras.

Surge aquí el dilema más grave para el universitario latinoamericano y chileno: todo lo anterior está muy bien; pero es necesario el tiempo y el silencio interior y exterior para poder em-

prender con éxito y seriedad esta tarea formativa, tiempo y silencio de que no disponemos, por cuanto los vicios estructurales y mentales de nuestra Universidad nos exigen un trabajo gremial para lograr su transformación; por cuanto al ponernos en contacto con una cultura alienada en la que no palpita el hombre de nuestros países la Universidad nos obliga a ir a buscarlo a las fábricas, a los campos y a las poblaciones y además, darle, por razones de suplencia, lo poco que sepamos y que la sociedad no le dá; por cuanto nuestras convicciones religiosas y nuestras convicciones ideológicas y políticas nos hacen participar en actividades religiosas y políticas como un medio de solucionar las urgentes crisis porque travesamos. Es decir, tenemos planteado el tradicional problema de "acción y formación". Frente a esto, creemos que la solución es mucho más vital que un esbozo teórico, pero nos parece que una cierta jerarquización pueda dar luces para su solución personal: Es indudable que tenemos hoy como universitarios una misión específica cual es la de luchar por cambiar de fisonomía la Universidad, desde distintos ángulos y de prestar nuestros servicios —por razones de suplencia y anticipación que nuestra realidad social impone— a quienes urgen de ellos y es indudable, también por razones de orden general y acentuadas por la extracción social y psicológica del universitario que una auténtica formación no excluye la acción. Pero la misión que tiene nuestra formación no excluya la acción. Pero, la misión que tiene nuestra generación y a la que debemos nuestras personas exigen una formación, como la descrita anteriormente, que no puede ser sacrificada so pena de traicionar a la sociedad que espera de nosotros. Si existe claridad, que es la que generalmente falta, frente a esta jerarquización y existe la conciencia y la íntima seguridad que se va a cumplir con este deber de formación, entonces, no importa que las urgencias y las necesidades inmediatas nos obliguen a sacrificar a veces nuestros ideales de rendimiento y aún a veces hasta a perder el año, siempre y cuando seamos fieles a esta formación que nos impone nuestra misión en la sociedad. Un auténtico humanismo universitario es aquel que sabe medir responsabilidades y no antepone lo inmediato si lo futuro es lo más importante. No predicamos aquí la contemplación monástica ni nada por el estilo, sino tan solo llamamos la atención sobre la necesidad de esta medición, cuyo resultado final es la decisión personal que nadie puede imponer.

¿COMO PUEDE LLEGARSE A VIVIR ESTE HUMANISMO UNIVERSITARIO?

Todo lo que llevamos dicho puede parecer una abstracción o un producto de intelectuales alienados que han perdido contacto con la realidad humana de la Universidad. Frente a todo lo anterior, alguien podría preguntarse: ¿están todos los universitarios llamados a vivir este humanismo y, si es así, porqué esto que se ha dicho en distintas ocasiones sólo atrae a algunos pocos? ¿cómo puede conciliarse la vida cotidiana, rutinaria, de un universitario, sus penas, sus alegrías, sus distintas motivaciones, con la tarea que le impone lo anteriormente descrito? ¿qué ubicación tiene en este humanismo el cristianismo? ¿cómo puede vivir esto una mujer universitaria? ¿Es para ella?

Más que solucionar estos problemas nos interesa señalarlos y limitarlos.

Un llamado para todos

En primer lugar, debemos recordar que nuestras Universidades son Universidades de masas; y por esta razón, aún cuando sus egresados forman en cierta manera parte de la élite de la sociedad, podemos distinguir entre los universitarios una masa y una élite.

Ahora bien, el humanismo que hemos descrito no se opone ni anula las tendencias personales de cada universitario (no se trata, como podría creerse, de formar universitarios serios, (que vibran solamente por cosas que son "útiles" socialmente). Muy por el contrario, de lo que se trata es de integrar todos los valores y las características personales en la vivencia de un llamado a que nadie debe escapar. Porque lo que se ha descrito es un llamado, no un tipo ideal de universitario que todos debemos realizar de la misma manera; sólo hemos esbozado elementos que cada cual debe vivir a su manera en forma única e irremplazable. Así cada uno vivirá a su manera personal la vocación revolucionaria, la responsabilidad profesional, la valoración de lo humano, etc.; cada uno realizará en sí en forma distinta la misión de juventud y de generación que a todos nos cabe. Luego, frente a la pregunta de si todo universitario está llamado a vivir un humanismo uni-

versitario personalmente, le respondemos que sí; pero que no todos podrán hacerlo. Los que sientan el llamado y lo vivan o traten de vivirlo, llamarán a los demás a su alrededor, despertarán a los dormidos, si saben hacerse escuchar, y así, de llamado en llamado, la Universidad "se liberará del pesado sueño vegetativo que todavía la embota".

Los obstáculos para escucharlo

En segundo, lugar ¿por qué este humanismo atrae tan sólo a una pequeña minoría? Esta pregunta señala dos de los obstáculos más grandes con que tiene que enfrentarse nuestra generación dentro de la Universidad. Se trata en primer lugar del peso de un determinado ambiente social que impone una mentalidad y un sistema de valores impersonales que se presentan como barreras a una experiencia de vida personal al servicio de un ideal y de una causa; ambiente que rutiniza y aletarga los llamados más cálidos y vibrantes que los hace sucumbir ante una vida fácil, egoísta, burguesa. Debe tenerse muy en cuenta el peso de este ambiente para no caer en irrealidades y en fantasías; este es un lastre que todo un sistema educativo se ha encargado de perpetuar. Sin embargo, puede despertar a ese ambiente y ser oído quien irrumpe con un nuevo estilo de vida, quien es capaz de demostrar un camino concreto como creemos es el señalado, y guiar con su ejemplo. El segundo obstáculo es la incapacidad ya señalada de los universitarios, y esto por temperamento latino, de emprender una tarea que impone una dura disciplina personal y un constante revisarse y avanzar paso por paso. Somos muy susceptibles frente a las grandes palabras y frente a las grandes tareas, pero cuando se trata de ir aportando a cada momento un granito de arena, entonces nos fastidiamos, entonces la tarea acogida con entusiasmo deja de ser atractiva.

Sólo se podrá vencer este obstáculo con el profundo convencimiento personal de lo que hacemos, convicción que nos haga en cada momento de desfallecimiento, de rutina, de aburguesamiento ser capaces de detenernos, revisar cada una de nuestras actitudes y volver a la inspiración primitiva, mirando qué es lo que se necesita y lo que se espera de nosotros. En este punto se inserta la

vivencia de una espiritualidad propia para los universitarios que analizaremos un poco más adelante.

De lo dicho se desprende que la actitud humanista para la Universidad significa un cambio en su fisonomía y en su espíritu producido por un cambio en su elemento humano. Y aquí volvemos al punto de partida de nuestro tema: sólo habrá una Reforma Universitaria cuando la mentalidad y el espíritu de quienes la integran haya dado un vuelco en ciento ochenta grados; y esa es nuestra mayor contribución a una Reforma de la Universidad; así emprenderemos las tareas estudiantiles y gremiales no porque lo quisieron nuestra buena suerte y la casualidad, sino porque era un imperativo que brotaba desde lo más hondo de nosotros.

La proyección inmediata que esto tiene para la sociedad es mostrar una juventud universitaria con un sello propio, como una generación con un estilo de vida y un pensamiento renovador responsable.

Cristianismo y Humanismo Universitario

En tercer lugar, contestamos a la pregunta ¿qué papel juega el cristianismo, para quienes son cristianos, en esta actitud humanista? Antes que nada debemos anotar que todos los elementos señalados de este humanismo universitario no son patrimonio de los cristianos sino que pueden ser vividos por todos los universitarios; es más este humanismo acerca y hermana a todos los que de alguna manera lo viven. Para los cristianos, esta actitud adquiere, sin embargo, otro sentido y a él debemos referirnos, por estar en una Universidad Católica. Quizás si uno de los mayores problemas de los universitarios cristianos sea el no haber logrado la síntesis de su trabajo temporal universitario con su Cristianismo. Y así, algunos caen en un espiritualismo desencarnado, viviendo sus prácticas religiosas y su vida religiosa en general alejados del acontecer humano, despreocupados de los sufrimientos y dolores de los demás olvidados de su papel de fermento de las estructuras o de las masas. Otros, por el contrario, dejados arrastrar por lo fascinante del acontecer humano o de los trabajos temporales, han caído en lo que alguien llamaba "Cristianismo sin Cristo", y no aportan a las estructuras y a los hombres el testimonio de una experiencia religiosa auténtica.

Se trata de evitar ambos extremos, de estar presente entre los hombres y en las estructuras creadas por ellos, jugándose en ellas, comprometidos en una lucha por humanizarlas, pero al mismo tiempo, sin renunciar a la experiencia de la vida religiosa que le da a esta lucha su verdadero sentido y valor. Pero esto se logrará solamente cuando se viva una espiritualidad universitaria propia, que sepa descubrir en el Evangelio el mensaje que hay para los universitarios. Solamente una vuelta a la pureza evangélica y un contacto con la persona de Cristo, puede darnos la fuerza necesaria para vivir esta actitud humanista; solamente así la Universidad y la Sociedad que deseamos construir no se desmoronarán por faltar la fe traducida en la dedicación de una vida, la Caridad o el Amor sobrenatural que sobrepasa todas las debilidades de la entrega y el amor humanos creando lazos indestructibles, y la esperanza de que nuestras obras —hasta la más pequeña— habrán de ser ratificadas y llevadas a su plenitud en la época escatológica. Sólo si logra el universitario cristiano infundir en toda su vida personal estos elementos podrá irradiarlos en forma silenciosa, como verdadero "fermento" y educar la fe, la caridad y la esperanza vividas a tientas por los que no han tenido la responsabilidad de ser llamados cristianos.

La mujer en la Universidad

En cuarto lugar, tenemos que tratar de contestar la pregunta: ¿los elementos de la actitud humanista descrita, pueden ser vividos por la mujer universitaria? De nuevo, nos limitaremos, solamente a señalar el problema: El humanismo universitario descrito, así como la Universidad y la sociedad toda hoy día, parecen ser una construcción exclusiva del hombre a la cual la mujer tiene que acoplarse y adaptarse pero sin ver proyectada en ella su capacidad creadora. Es decir, la mujer vive en una Universidad y en una sociedad pensada y construida por el hombre, a las cuales ella se ha integrado porque se "le aceptó", y ahora se les plantea la misión, el deber y los rasgos esenciales de la personalidad del universitario con una visión que parece exclusiva del hombre. Nos parece que en el problema hay algo de verdadero y de falso: de verdadero en lo que decíamos sobre un mundo pensado y construido por hombres, y de falso el que el humanismo universitario sea exclusivo para los hombres. Quisiéramos explicarnos un poco

más: nos asiste la íntima seguridad que no habrá auténtica nueva Universidad y auténtica nueva Sociedad si no es por el aporte mancomunado del hombre y de la mujer: en ellas debe estar presentes **igualmente** el aporte femenino y el aporte masculino. Así ninguna manifestación de la civilización y la cultura puede considerarse ajena a la mujer, a ella le compete igual que al hombre, si bien de modos distintos.

De esta manera, el humanismo universitario es también una tarea de la mujer universitaria, por cuanto él consiste, como hemos dicho, en integrar los rasgos generales y los valores personales. Si bien no se han señalado los valores específicamente femeninos —por creer que cada día se avanza más a una integración de los valores femeninos y masculinos, sin perder sus rasgos y modos específicos de realización—, tampoco hemos señalado los propiamente masculinos, porque ellos son el resultado de una síntesis personal que tanto la mujer como el hombre deben realizar.

Luego concluimos que lo dicho en este trabajo, si es un deber para el hombre, lo es también para la mujer universitaria, no porque eso sea lo que necesite el hombre de ella, sino porque ella lo siente necesario aunque los distintos aspectos —misión generacional, vocación revolucionaria, responsabilidad, capacitación humana y profesional —ella los viva según su vocación femenina. Pero, para esto es indispensable un cambio en la mentalidad tanto de los universitarios —en el sentido de un respeto profundo a la mujer, a su trabajo y a la vocación femenina, que hoy no parece existir— como en las universitarias en el sentido de tomar conciencia y asumir la responsabilidad que les cabe. Si este último cambio no se produce, entonces, todo lo dicho sobre su misión serán solamente palabras huecas, que no hallan ningún eco real en una actitud.

CONCLUSION

Nuestra Universidad Católica

Aquí terminamos. Es esta actitud que hemos esbozado en sus rasgos generales la que creemos más eficaz para lograr la transformación de nuestra Universidad. Esta última está caracterizada hoy día —si bien no absolutamente— por la falta de un espíritu

y de una definición precisa frente al hombre y a nuestra sociedad. En muchos aspectos seguimos siendo un Colegio al que se llega no siempre por razones de vocación universitaria. En muchos aspectos sigue nuestra Universidad al servicio de una clase económica; si bien esto no sólo es culpa de ella sino de nuestra sociedad entera, es poco lo que ha hecho para remediar esta situación. En muchos aspectos, ella acusa los mismos vicios de mentalidad de la sociedad: individualista, burguesa. En este último tiempo son considerables los esfuerzos que se han hecho en diferentes áreas para mejorarla; pero, no vemos un espíritu, una mentalidad renovadora que la anime, ni vemos una participación adecuada de los alumnos en la marcha de ella.

Al cumplir los 75 años de vida, los que llevamos algún tiempo estudiando en sus aulas, no podemos dejar de reconocer que nos hemos encariñado con ella. Pero, no por eso, podemos dejar de ser francos y abiertos en señalar sus defectos y en criticar cada una de sus fallas. Estamos empeñados, eso sí, en contribuir con el máximo de nuestras capacidades en la solución de estos defectos y fallas y estamos siempre atentos a que se nos dé la oportunidad para ello y se nos permita una participación más efectiva.

Pero esta crítica la hemos hecho siempre en una doble dirección: por un lado hemos criticado a la Universidad y su estructura y por otro lado hemos sido duros en la crítica con nosotros mismos. Conocemos nuestras fallas y estamos dispuestos a superarlas. En nuestro caso, la publicación de este trabajo es una prueba de que estamos buscando responder a lo que se espera y necesita de nosotros.

Un desafío personal

Y aquí nos asalta una duda que debe ser meditación personal para cada uno de nosotros. Esta duda es la siguiente: alguien podría decir que todo lo dicho en este trabajo no pasa de una hermosa teoría, que responde a una abstracción intelectual, a una idea preconcebida más que a impulsos existenciales y a una observación de la realidad universitaria. Se podría añadir que el universitario vibra con cosas muy distintas a las aquí señaladas, que la Universidad prepara sólo especialistas para desempeñarse con éxito en las actuales estructuras y no para transformarlas, que, en